



AÑO III

← BARCELONA 21 DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 108

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TITANIA, grupo escultórico por Efraim Keiser

jóven, una de esas muchachas que sólo se ven en tierra de Córdoba, matronas en el desarrollo, niñas por la expresión inocente y graciosa, de ojos negros y cabellos castaños.

—Padre—dijo,—cuando V. quiera, ya está la cena.

El jóven, que también se había puesto en pié, la devoraba con los ojos.

—¿Quieres cenar con nosotros, muchacho?—dijo el señor Pablo.

—Muchas gracias. Es tarde y mi padre me estará esperando.

—Mucho ojo por el camino.

—¿Cá! no señor. Voy bien acompañado. Esta —prosiguió tomando la carabina que estaba apoyada á la pared— es una compañera segura.

—¿Es una buena arma!

—¿Y tanto! Dios se lo pague á mi amo el señor marqués que me la ha regalado: no falta nunca.

—Adios, pues, si no quieres acompañarnos.

—¡Buenas noches, señor Pablo! buenas noches, Mari-Nieves! El sábado ó domingo volveré por aquí á ver si ha habido alguna novedad... Anda, Rastrojo.

Rastrojo era el perro perdiguero que ántes dormitaba. Su amo le llamaba así, porque le había encontrado recién nacido, junto á un lindero, abandonado quizá por su desnaturalizada madre.

Juan Antonio echó una postrera mirada á la muchacha, saludó con la mano y se alejó, no sin oír el ruido del cerrojo de la puerta del cortijo, que el señor Pablo cerró á piedra y lodo.

El jóven no fué á su casa directamente; dió algunos rodeos, andando despacio y cabizbajo. Indudablemente le preocupaba algun pensamiento; quizá recordaba los bellos ojos de Mari-Nieves. Durante el camino se sentó dos ó tres veces, quedándose abstraído y como si hablara consigo mismo.

Su perro le miraba con inquietud, meneando la cola.

Una hora despues el jóven cenaba en compañía de su padre á quien no dijo una palabra de la conversacion que había tenido con el señor Pablo. Se acostó más temprano que de costumbre y se levantó al rayar el día. Llenó un morral con las provisiones que pudo encontrar en la despensa, examinó su carabina, se ciñó una canana á la cintura, echóse una manta al hombro y salió del caserío, al parecer tan preocupado que no se acordó de su perro que estaba encerrado en el corral.

III

Subió á la sierra, porque el caserío estaba situado en el declive, y se encaminó directamente á una majada, que sin duda conocia, pues los pastores le recibieron como amigo. Habló un rato con el más viejo, y despues de beber el último trago de vino blanco, por vía de despedida, volvió á emprender su camino.

A la caída de la tarde se hallaba en lo más fragoso de la sierra, que no es lo más elevado, sino la falda, por la parte del Sur.

La alteracion de las facciones del jóven y el desórden de su traje, indicaban que la jornada había sido fatigosa. Solo en medio de aquellos vericuetos en donde apenas se encontraba alguna que otra senda, Juan Antonio echaba de ménos á su fiel Rastrojo, y deploraba el inexplicable olvido de no haberlo traído en su compañía.

Poco ántes de anoecer, el jóven se hallaba hambriento y rendido de cansancio.

Llegó á un sitio en que una cortadura del terreno no le permitió andar más. Delante de él había una hondonada, formada por un enorme peñon á cuyo extremo tuvo que detenerse. La Peña ofrecía en su base un tajo que parecia la entrada de una cueva, pero que no lo era. Había allí restos como de una fogata apagada; sin duda los pastores ó los contrabandistas elegían aquel sitio resguardado para celebrar sus banquetes.

Juan Antonio se sentó en el suelo, en lo alto y al borde del peñon. Se colocó la carabina entre las piernas y abriendo el morral, comenzó, no á comer, á devorar un trozo de fiambre y algunos pedazos de queso, que partía con una navaja de Albacete, grande, de muelles, y llena, como todas las de su fábrica, de inscripciones y labores grabadas en la hoja.

Terminado el refrigerio, mojado con un trago del vino contenido en una bota pequeña, el jóven sintió, como era natural, un sueño invencible.

Las sombras de la noche caían, los objetos se borraban á la vista, las estrellas principiaban á brillar.

—¡Un día perdido!—murmuró Juan Antonio.—Dios quiera que no sea igual mañana.

Pensó en dormir, porque sus ojos se cerraban á pesar suyo. Habíase levantado un viento frio é incómodo y el jóven, recogiendo precipitadamente los restos de sus provisiones, descendió del peñon, buscando el abrigo de la hondonada.

Barrió con un pico de la manta los restos de la hoguera, se envolvió en aquella, puso su morral á guisa de almohada y teniendo agarrada la carabina con una mano se quedó dormido.

A las once de la noche comenzó á disminuir la oscuridad, porque apareció la luna. Una silueta humana se diseñó en lo alto del peñon. Era un hombre como de cuarenta años de edad, de mediana estatura, muy cargado de espaldas; sus espesos y grises cabellos casi se confundían con sus cejas y con su barba, más espesa y más cana todavía. Tenía las piernas encorvadas hácia afuera, signo de gran vigor y los brazos desmesuradamente largos.

Iba envuelto en una manta por bajo de la cual asomaba la boca de un trabuco; mas por lo interior apenas estaba vestido con una chaquetilla gitana y una camisa hecha jirones que dejaba ver el pecho moreno y peludo.

Este hombre era Gil Rojas, alias el Morenillo, diminutivo que no le sentaba bien, atendiendo á su edad. Lo que más se destacaba en su rostro sombrío, eran los ojos de una expresión feroz, irónica é inteligente, cuyas pupilas brillaban en la oscuridad con un brillo fosforescente.

El facineroso venía de la parte baja de la sierra, lanzando hácia todos lados miradas recelosas como buscando algo. La luna, en este momento apareció sobre la cima del peñon á cuyo abrigo dormía Juan Antonio, reflejó uno de sus rayos en la llave de la carabina de éste; era bastante, el oso había descubierto al cazador.

Una sonrisa sardónica entreabrió los labios del Morenillo. Rápido como una saeta, silencioso como un espectro, en dos saltos se puso al lado del jóven. Este continuaba durmiendo; la carabina se había escapado de su mano.

El bandido tomó el arma, se separó á alguna distancia, y ocultó aquella tras unos pedriscos, entre los que brotaban algunas malezas.

Hecho esto, y sin perder de vista al durmiente á quien daba de lleno la luz de la luna, se detuvo pensando este monólogo mental:

—Ha caminado todo el día atravesando la sierra. Ha hablado con el tío Guñeta y sin duda el tuno del pastor le ha dado buenos informes de mí... He de ajustar cuentas con el tío Guñeta... Si ha salido de caza no ha disparado un tiro; si queria pasear podia hacerlo en el Gran Capitan de Córdoba... La cosa es clara... Aquí hay de por medio unos lindos ojos... Podía haberle tumbado de un tiro, pero me gusta conocer las intenciones... ¡Pobre mirlo! se ha caído del nido.

Terminado este soliloquio interno, volvió á acercarse al sitio en que estaba Juan Antonio, le contempló con feroz complacencia, semejante á la del caníbal que danza en torno de su víctima.

El jóven seguía durmiendo profundamente. El Morenillo puso una rodilla en tierra, y la boca de su trabuco junto á la sien de aquel.

El bandido tocó con el dedo el gatillo de su arma; pero no disparó. Sin duda una idea súbita hízole desistir de su propósito é incorporóse.

—No,—murmuró,—quiero que sienta la muerte, que sepa quién le mata.

Había en aquel sitio cuatro ó cinco grandes pedriscos, llevados allí como para servir de escabeles en los campes- tres refrigerios. El Morenillo se sentó en uno de ellos á alguna distancia del jóven, preparó su trabuco, y cogiendo del suelo una piedra angulosa, la arrojó con alguna fuerza á la cabeza de aquel.

Sin duda el facineroso era sibarita y queria observar con comodidad las emociones del despertar de Juan Antonio.

Este, al golpe de la piedra, abrió los ojos, púsose en pié con la rapidez de un cadáver galvanizado, miró hácia todos lados como buscando su carabina, y exhaló un grito de desesperacion porque su atónita mirada se cruzó con la acerada y fria del facineroso.

IV

—¡El Morenillo!—exclamó.

—El mismo, que apenas viste y calza—dijo éste, haciendo una mueca feroz.—Tú no me esperabas tan temprano. Me gusta sorprender en la cama á los amigos.

—Dame mi carabina.

—¡Ah!—¿venias armado? Bien hecho; estos vericuetos no son seguros: pero mira, chiquito, te aconsejo que no te muevas tanto; hablemos en paz y gracia de Dios.

Juan Antonio buscó en su faja la navaja de Albacete, pero por una extraña fatalidad también se le había perdido.

La boca del trabuco del salteador le apuntaba siempre; la impotencia contra aquel miserable, y la expresión odiosa y sarcástica de éste, le exasperaban. Veía malogrado el objeto de su expedicion; recordaba á Martin muerto; al señor Pablo obligado á abandonar su hogar; á la que amaba desde niño amenazada é indefensa, y todos estos pensamientos le producian escalofrios de rabia.

Era impetuoso, la sangre bullia en él; comprendió que el facineroso había adivinado sus intenciones y no dejaria escapar su presa; sintió un vértigo, y resuelto á morir, avanzó algunos pasos.

—Tú te la buscas,—dijo el Morenillo poniéndose en pié y enfilando el trabuco; pero en el mismo instante de herir el gatillo oyendo ruido en lo alto del peñon, alzó instintivamente la cabeza, y lanzó una imprecacion tremenda.

Sintió un golpe en el pecho, que como ya hemos dicho llevaba al aire, porque se había desenvuelto de la manta. Una navaja, cayendo de lo alto, se clavó, ahondando mucho, en su pulmon izquierdo. Herido y todo, disparó su arma contra Juan Antonio casi á boca de jarro; pero sea que el dolor de la herida hiciese desviar la puntería del salteador, sea que aquél no estaba destinado á morir, casi milagrosamente salió ileso de la *carga de metralla* de que estaba lleno el trabuco.

Aún no repuesto de su asombro, el jóven oyó á un lado ladridos y vió á Rastrojo, su perro perdiguero, que lo acariciaba saltando alegremente.

El Morenillo estaba muerto y tendido en un charco de sangre...

Rastrojo había sido el salvador de su amo; hé aquí cómo.

Recordaremos que cuando Juan Antonio salió de su casa, el perro quedó encerrado en el corral. Comenzó á bullir en el caserío la gente que se levantaba y Rastrojo á ladrar desafortadamente.

No bien se vió libre, buscó á su amo por toda la casa, con esa solicitud de que sólo un perro es capaz. Salió al campo, registró los alrededores, oliendo la tierra, parándose á veces y alzando la cabeza como para tomar vientos. Indudablemente Rastrojo debía estar dolorido, sorprendido y humillado. Su amo había prescindido de él, había salido dejándole encerrado; ¡qué ingratitud! Y si se trataba de cazar ¡qué humillante aberracion! ¡qué olvido de sus grandes cualidades y de sus notorios servicios!

El perro estaba azorado. Se alejaba del camino, y volvía á él buscando á su amo. Salía de nuevo al campo y continuaba su infatigable rastreo. Poco á poco se fué internando en la sierra; no sabemos qué instinto le guiaría.

Rastrojo era el Rey Mago de los perros, pero sin estrella. En cuanto á la revelacion, de seguro la tenia, aunque no muy clara y perceptible, si se atiende á sus numerosas desviaciones y regates. Iba, venia, retrocedia á un sitio por donde había ya pasado, como para orientarse, siempre oliendo el terreno; por lo cual nos retractamos de lo dicho, y creemos que el perro tenía también su estrella; una estrella terrenal.

Pero á pesar de sus vacilaciones y de que su amo le llevaba hora y media de delantera, Rastrojo seguramente estaba sobre la pista: si *querer es poder* en los hombres ¿qué no será en los perros que tienen más superior instinto? El inteligente animal avanzaba siempre; se detuvo en la majada donde había estado Juan Antonio, no sin haber sostenido un encuentro con los perros del ganado.

A partir de este punto, las exploraciones de Rastrojo fueron ménos vacilantes; pero al llegar al terreno donde el pedernal y las malezas dificultan el rastro, el perro volvió á sus dudas.

Sin embargo, siguió adelante Conforme avanzaba iba recobrando su seguridad, y caminaba más rectamente; el bien anhelado estaba muy cerca, el cariñoso efluvio llegaba cada vez más directamente á su olfato.

Seria imposible calcular las leguas que anduvo Rastrojo en aquel no muy largo trayecto. Por fin, guiado por ese instinto, que pudiera llamarse *estela del olfato*, se iba aproximando á su amo cada vez más. Media hora ántes de llegar al sitio en donde éste dormia, el tenaz animal debió experimentar una gran contrariedad de que nos hacemos cargo por induccion, como Cuvier al reconstruir los fósiles antediluvianos. Rastrojo sin duda vióse detenido en su ruta por una gran zanja con honores de arroyo grande, que partiendo de la sierra termina en el pueblo de *Los Pedroches*. Aunque era verano, la zanja llevaba bastante agua, porque dos días ántes habían caído chaparrones torrenciales. El perro, en compensacion inversa de muchas cualidades, tenía un defecto, cual era su timidez hácia el agua. Nos figuramos verle al borde de la zanja azorado ante aquel obstáculo imprevisto, siguiéndola en una larga extension buscando un paso seco, volver desengañado sobre sus pasos porque su instinto le revelaba que su amo se hallaba casi en línea recta á él, y no queria perderla y desorientarse. Nos le representamos acercándose al agua, retrocediendo, meneando la cola en señal de preocupacion y quizá ladrando á aquella insidiosa corriente. Se dice de Enrique IV de Francia, que al entrar en las batallas hacia un supremo esfuerzo de voluntad para vencer su innata timidez, y otro tanto debió hacer Rastrojo, aunque en distinto trance, para decidirse á pasar la zanja, pues la atravesó, si se atiende á que cuando encontró por fin al objeto de sus afanes, todavía estaba mojado.

Salvada la líquida barrera, el resto fué un juego para el fiel animal. Casi huella por huella, se entiende, á veces huellas imaginarias, siguió el mismo trayecto que su amo, y llegó al borde del peñon en donde éste se había sentado para tomar su refrigerio.

Sabido es que los perros no poseen la cualidad de los animales de la raza felina, y sufren, como todos los mortales, la influencia de la sombra nocturna; pero si Rastrojo no veía bien, en cambio sentia cada vez más *los aires* de su amo, y llegó al susodicho sitio, rastreando y hozando siempre, é indudablemente hubo de tropezar con un objeto, que era la navaja de Albacete de que Juan Antonio se sirvió en su comida y que, al recoger sus bártulos, providencialmente dejó olvidada.

Rastrojo, con una inconsciente hocihada, empujó la navaja; ésta cayó desde el borde casi vertical del peñon, y fué á clavarse en el pecho desnudo del Morenillo.

Algun lector supondrá que esto es inverosímil, mas por ventura ¿no ha dicho un gran pensador que *sólo lo inverosímil es lo verdadero*?

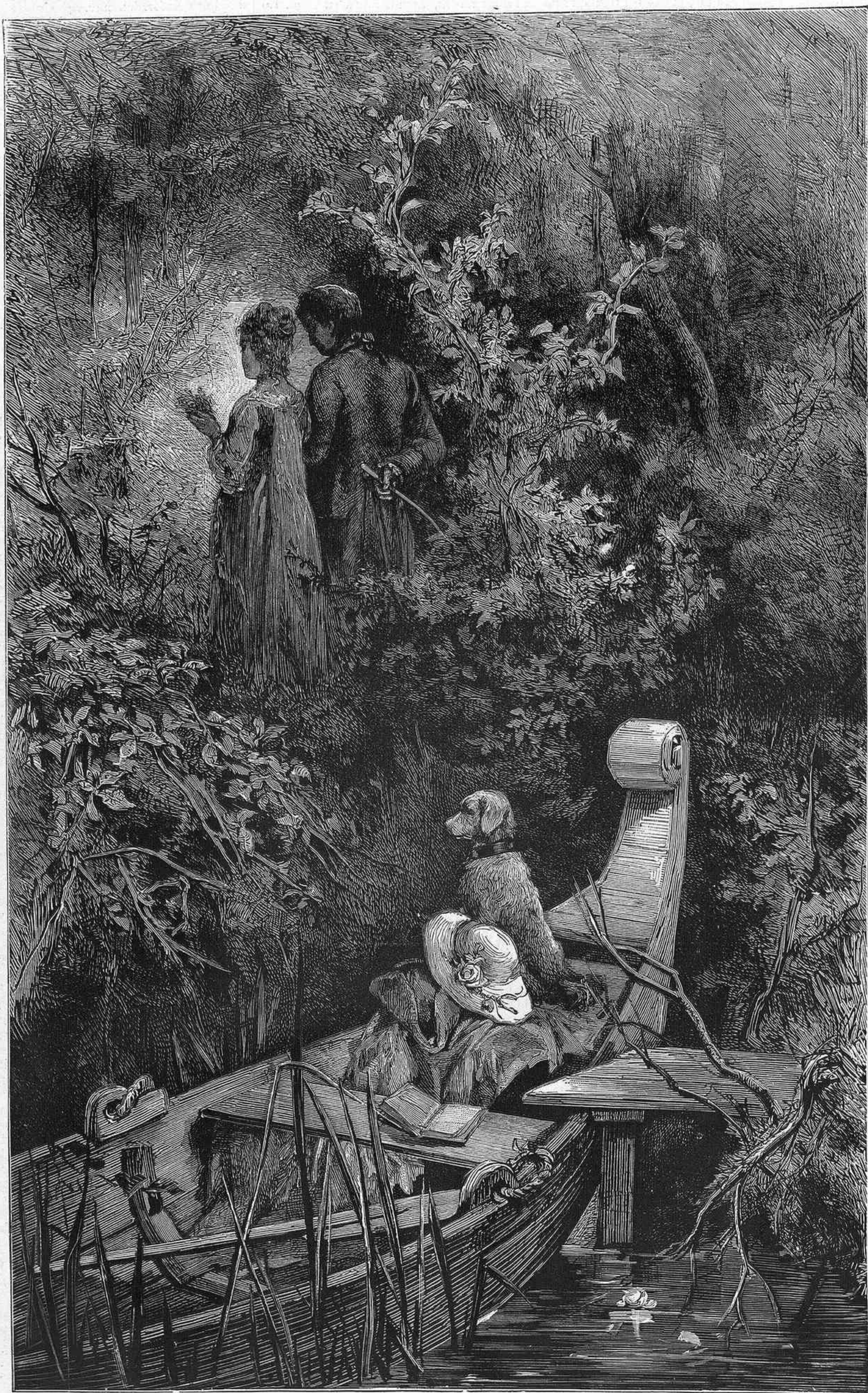
V

Cerciorado de que el salteador estaba muerto, y no queriendo exponerse á la responsabilidad moral y material del silencio, Juan Antonio fué á dar parte al puesto de Guardia civil más próximo, que era el de Puente Bermeja.

Como es natural, le constituyeron en prision, y al día siguiente condujéronle á la cárcel de Córdoba.

Fué procesado, y se habló mucho de la causa, que duró cuatro meses.

Para abreviar resumiremos en dos períodos la acusacion y la defensa.



PASEO SOLITARIO, cuadro por J. R. Wehle



EL ABUELITO, cuadro por J. Gascointz

«Señores magistrados,—dijo entre otras muchas cosas el ministerio fiscal:—aunque inconfeso y por lo tanto inconvicto, el crimen del procesado está latente y la prueba moral es plena. El reo no ha podido explicar satisfactoriamente su encuentro con Gil Rojas (a) el Morenillo, ni mucho menos la herida originaria de la muerte de éste, pues la explicación de la intervención del perro es una verdadera fábula, creída sólo por los niños. No ha habido lucha en legítima defensa, puesto que se ha encontrado la carabina del reo, cargada, y si asesinato, en atención a que la navaja del homicida era de su pertenencia. Probado el delito perpetrado con premeditación y alevosía, sólo me resta, cumpliendo con un penoso deber, y apartándome un tanto del texto de las leyes (tal y cual), que prescriben mayor pena, pedir para el reo la de trabajos forzados durante quince años, multa de mil pesetas, ó de no la subsidiaria; todo esto teniendo en cuenta los buenos antecedentes del procesado.»

El abogado defensor, joven que comenzaba su carrera del foro, y que quería darse á conocer, entre otros elocuentes periodos, dijo también resumiendo:

«Señores magistrados: creo que he deshecho hilo por hilo la urdidumbre de cargos tan trabajosamente tejida por el ministerio fiscal. El encuentro del procesado y del muerto está perfectamente explicado en la conciencia de todas las almas buenas y generosas. ¿Qué asesino es éste, que perpetrado su crimen en un lugar enteramente solitario, no oculta el arma con que le consumó y se presenta él mismo á la justicia? Además, voy á admitir, aunque por un momento, la hipótesis de que mi defendido hirió, é hirió á traición; señores magistrados, ¿no es disculpable que comprendiendo con quién se las había y la suerte que le esperaba, que no podía ser otra cosa que la muerte ó el secuestro, el honrado joven aprovechase un descuido de su terrible adversario? ¿Está justificada la terrible pena pedida por el ministerio fiscal? Pero no; como ya he dicho, la suposición de alevosía es falsa y tengo orden de mi defendido de rechazarla terminantemente, porque el pundonoroso joven no teme la pena corporal, sea la que fuera, pero sí el estigma con que marca toda condena.»

«Señores magistrados: fallad en justicia; absolved libremente al acusado ó condenadle á la última pena; pues para un corazón honrado y una conciencia limpia es preferible la muerte á la deshonra.»

El tribunal condenó á Juan Antonio á tres años de trabajos forzados.

Aquella misma tarde, el señor Pablo recibió una carta de aquél, en la que el desdichado joven protestaba de su inocencia, expresaba su amor hacia Mari-Nieves, y con cluía con el siguiente párrafo:

«Yo me resignaré al presidio, á la mancha que ha caído sobre el honrado nombre de mi padre, si me alienta la esperanza de conseguir el bien que tanto deseo. De no, estoy resuelto, pondré fin á mi vida, confiado en la misericordia de Dios.»

«Aguardo respuesta en todo el día de mañana: si no la recibo, recen V. y Mari-Nieves por mí.»

En el mismo día, poco ántes de anochecer, Juan Antonio recibió la contestación.

«Mi estimado Juan Antonio,—decía el señor Pablo;—te escribo inmediatamente para evitar que hagas una barrabasada. Mari-Nieves, yo y cuantos te conocen, estamos persuadidos de tu inocencia. Cumple tu condena, pórtate en el presidio como en todas partes, y cuando salgas ven á vernos; mi hija y yo te esperamos.»

«Mira, muchacho: los juicios de los hombres poco significan; lo que importa es estar bien con Dios.»

«Mañana te veré, si me lo permiten. Entre tanto, cuenta con tu amigo de siempre, «Pablo Barroso.»

FÉLIX REV

EL TRAPO Y EL PAPEL

(Un cuento que parece historia)

I

¡Cuánto he lucido en el mundo! ¡Qué de cosas he visto, y qué de cosas he oído!

Todo ha pasado ante mi vista, como pasan los sueños por la mente.

Antes de ser lo que soy, he pertenecido á una clase distinguida.

¡Qué orgullosa me hallaba yo, al lado de todas mis compañeras y formando parte integrante de los escaparatés de casa de Escolar!

¡Ah! ¡cuánta mano blanca, despojándose del elegante guante negro, se posaba sobre mí!

Pero yo era muy cara, valía mucho y mi color era tan delicado... pero por fin un día abandoné el estrecho recinto de mi vivienda, hicieron un envoltorio conmigo y fuí á parar al cesto de una modista.

¡Cuántas manos me cogieron, qué de pliegues formaron conmigo, qué de costuras atravesaban mi naturaleza de flexible tela, como las venas cruzan por el cuerpo de un ser humano!

Pero á la par, ¡con qué cuidado me trataban!

Mi color era blanco, como la rama de azahar que iba á servir de corona á la desposada para quien me estaban confeccionando, según oí decir en más de una ocasión á Madame Periquet que era la modista que me traía entre manos.

Salí de aquel suplicio y, sin embargo, atro más cruento me esperaba; la prueba. ¡Horrible palabra!

Besé, á pesar de todo, el cuerpo de una linda muchacha que apenas contaba diez y siete primaveras.

Era esbelta, agraciada de rostro, y existía tal timidez en su sonrisa que parecía blanca azucena que doblaba su corola impulsada por la brisa de una primavera mañanera.

Pasados algunos días y después de haber estado expuesta á las miradas indiscretas de tanto curioso y de haber oído frases de alabanza, que después de todo me ponían orgullosa, una mañana bien temprano me cogieron y volví á besar de nuevo el cuerpo de tan encantadora niña.

Fuimos á la iglesia y, terminada que fué la ceremonia, volvimos á casa, no sin ántes haberme estrujado con tantos y tantos abrazos como recibió la novia.

Yo no sabía en verdad lo que me pasaba.

La novia aturdida dejó caer sobre mí un pedazo de bollo embadurnado de chocolate.

¡La primera mancha que hería mi susceptibilidad!

Después, pasado el día sin ningún acontecimiento digno de que yo lo recuerde, llegó la noche, entramos en un precioso gabinete y allí dos doncellas me hicieron abandonar el precioso cuerpo de la inocente niña.

Me arrojaron sobre una silla, corrieron los cortinones que comunicaban con la alcoba, y no pude ver más.

Sólo ví que junto á mí se hallaba triste y mustia la pobre flor de azahar que engalanado había la preciosa cabeza de la joven desposada.

II

Contar una por una las mil vicisitudes que he pasado en el resto de mi vida sería tarea más que imposible.

Sólo sí diré que he asistido á grandes reuniones y que después de mi primera mancha, he recibido otras varias... que afeaban mi condición.

Del gran mundo pasé al mediano: tuve por amas á una coqueta, á una niña boba y á una viuda que al mes de morirle su esposo se puso de blanco.

Estuve en manos de una prendera y de allí me trasladé á casa de una poetisa que la primera medida que tomó con respecto á mí, fué el mandarme teñir de negro porque le parecía el color más interesante.

Me harté de versos y... pasé al pequeño mundo, á manos de una doncella de... labor que me cuidaba y cepillaba con esmero; pero tuvo esta que hacer un regalo á una cocinera, compañera suya, que se casaba, y me trasladé á la cocina.

¡Cuántos me miraban cuando joven! ¡Qué de alabanzas me tributaban! Ya fuí vieja y por todos fuí despreciada.

¡Triste condición la de la vida!

Hasta que llegó el instante de mi muerte y hoy soy un guiñapo arrojado en medio de la calle.

III

De esta manera se lamentaba un trapo que se hallaba medio oculto entre un montón de basura.

Un papel que allí se encontraba y que había oído la relación de aquel compañero de infortunio, ya cansado de tanta lamentación, quiso increpar al pobre trapo y ponerlo como un ídem, y le dijo:

—¿Podrás callar, mentecato? ya estoy cansado de oír lamentaciones. Mucho más que tú he valido yo, y sin embargo no me quejo y recibí por mi suerte la misma tumba que tú.

—¿Quién habla así de esa manera? prorumpió el trapo haciendo esfuerzos para salir de entre el montón.

—Yo, dije con voz lúgubre el papel.

—¿Quién eres?

—Nadie soy ahora; pero he valido mucho más que tú.

Nací por mi triste condición papel y fuí á parar á la redacción de un periódico de mucha fama.

Me tocó en suerte un número extraordinario que llevaba las firmas de hombres reconocidos en la república de las letras.

Pasé de la imprenta á los puestos y de ellos á manos de un hombre sabio, que después de haberme leído me guardó cuidadosamente.

La edición de aquel número se agotó y miles de personas solicitaban los números que permanecían ocultos en los estantes de las librerías de los hombres eminentes.

Pasé pues de unas manos á otras y en todas las inteligencias dejaba la luz, la luz del saber y de la ilustración, la idea del progreso, la idea de Dios, mientras tú sólo has representado el lujo y has sido la causa de la perdición de muchas familias.

—Y tú, desgraciado papel, añadió el trapo, culpa tienes también de esa perdición; fíjate bien y lee en tí mismo y comprenderás los aplausos que has dado á ese mismo lujo que criticas.

—Te engañas.

—Lee y verás.

Y efectivamente, la luz de un farol caía de lleno en el impreso del papel...

«Ayer se verificó el enlace de la bella y distinguida señorita de V. con el aventajado joven D. X.

»Lucía la novia un precioso traje blanco brochado con adornos de incomparable valor.

»Conocidos son de todos el proverbial gusto y el lujo que la distinguida familia... etc., etc.»

**

»El baile estuvo brillantísimo, los trajes y la pedrería que ostentaban las preciosas damas que llenaban el salón, son una prueba más del exquisito gusto que reina entre las españolas para la elección de su tocado.

»La verdad es que el lujo las presenta ante nuestra vista rodeadas de los encantos... etc., etc.»

—¿Te has convencido, querido compañero?

—No, añadió el papel. Yo soy en todos los terrenos más que tú.

—Así debía ser, añadió el trapo lanzando un suspiro, pero por desgracia no sucede así.

—Yo, continuó el trapo, te ayudo á nacer y por eso quiero que seamos amigos, y quiero á la vez que comprendas que aunque tú divulgas y arrojas ciencia, en el siglo en que vivimos tienen por desgracia más valor los trapos que los papeles.

Iba á contestar el papel, pero no pudo; había amanecido y el gancho de un trapero recogió el trapo y dejó al papel envuelto entre el montón de basura.

—¡Tenía razón mi compañero! pensó para sí el papel.

¡Qué espantosa soledad!

MIGUEL DE PALACIOS

SÉPTIMA CONFERENCIA

de la Asociación geodésica internacional, en Roma

I

Hace meses manifestaba esta ILUSTRACION ARTÍSTICA que, con esperanzas como nunca de llegar á una solución satisfactoria, se estaba agitando entonces en el mundo científico el gran problema de la elección de un primer Meridiano Universal, punto de partida de las longitudes geográficas y del Tiempo Universal ó Cosmopolita.

Fundábanse tan gratas esperanzas en la casi seguridad de que la cuestión había de tratarse extensamente en la Asamblea que iba á celebrar en Roma la Asociación Internacional Geodésica; donde, reunidos oficialmente Delegados de todas las naciones convenidas, era de esperar que se llegase á un acuerdo definitivo; cumpliéndose así los deseos manifestados constantemente desde hace dos siglos por los hombres de ciencia, respecto á unificar las longitudes; y, como consecuencia natural de tal unificación, á convenir una hora universal.

**

Pues bien: el mundo está de enhorabuena. La Asamblea de Roma ha tomado oficialmente IX resoluciones importantísimas; en cuya virtud todas las longitudes geográficas se computarán muy en breve desde el meridiano de Greenwich, y el día cosmopolita empezará en el instante de iniciarse el *dia-civil-medio* en el meridiano situado á 180 grados del mismo meridiano de Greenwich.

Dentro de poco, pues, cesará lo que en tiempo no lejano ha de aparecer como anomalía incomprensible de esta época de adelantos: el hecho actual, eminentemente científico, de que las agujas de los relojes estén EN EL MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO señalando en toda la tierra hacia todas las direcciones posibles, y la ardua y enojosa tarea de estar reduciendo longitudes en todos los observatorios y en todos los barcos, aún en los supremos instantes de la tempestad, cuando la carta que ha de consultar el marino se refiere á un meridiano distinto del de su almanaque náutico.

¿Quién concebirá dentro de poco que, como hoy sucede, por las diferencias de meridiano, un despacho telegráfico se reciba ántes de haber sido expedido? ¿que dos navegantes cuenten en el mismo momento absoluto diferente día de la semana, y aún del año y del siglo? ¿que se necesiten cálculos para averiguar el «CUANDO» de un suceso trascendental?

II

Importa mucho conocer bien las deliberaciones y los acuerdos del Congreso Internacional de Roma; principalmente, porque han de formar época en los anales del mundo; y, además, porque algunos periódicos, mezclando en una cuestión de ciencia pura, orgullosos y susceptibilidades de falsa y perjudicial patriotía, han llegado á estampar que, en la elección de Meridiano, se libró en Roma reñida batalla entre el meridiano español (!) de Hierro y el inglés de Greenwich, saliendo derrotado el español por veintidos votos contra cuatro.

Con decir que no hubo batalla ni votación ni podía haberlas, está juzgada la noticia. ¡Así se escribe la historia! España, desdichadamente, (según lo tiene hace tiempo manifestado esta ILUSTRACION ARTÍSTICA), ha contado sucesivamente las longitudes desde los meridianos del Estrecho de Gibraltar, Toledo, el antiguo Colegio de Guardias marinas de Cádiz, San Fernando, Ferrol, Cartagena, Plaza Mayor de Madrid, Observatorio de esta Capital, Lisboa y la catedral de Manila. También las ha contado desde la Isla de Hierro; pero este meridiano, (nunca determinado directa y científicamente), es un meridiano *ficticio*, que viene á ser el de París.

En efecto, Luis XIII, rey de Francia, pensando haber hallado el Meridiano de Ptolomeo, ordenó que el PRIMER MERIDIANO se contase en su reino desde la Isla de Ferro, suponiéndola á los 20 grados justos del observatorio de París; pero, habiendo hecho ver posteriores observaciones (hoy reconocidamente muy groseras) que la diferencia de longitud entre París y la principal población de la Isla

de Hierro es de 20° 5' 5", los franceses, para que siempre París se hallase á los 20 grados justos del supuesto meridiano primitivo de Luis XIII, hicieron caminar hácia el Este ¡qué puerilidad! el cero de origen 5' 5"; por manera, que el meridiano de Ferro no pasa por ningún punto determinado científicamente, ni áun siquiera notable y conocido, y es un círculo puramente convencional, 20 grados al Oeste de París: en otros términos, el llamado meridiano *español* de Ferro es el meridiano de París.

Hoy, con los adelantos inmensos de la Astronomía y con las exigencias de la navegacion moderna, el Meridiano Universal tiene que estar determinado por un Observatorio de primer orden, ligado por triangulaciones exactísimas y por hilos telegráficos á otros observatorios de igual clase; y el círculo imaginario de Ferro no debía entrar, ni entró, en el número de los que podían aspirar en el Congreso Geodésico de Roma á ser punto de partida de la cuenta de las longitudes y del tiempo cosmopolita. Así es, que no se libró, ni podía librarse, batalla ninguna entre Ferro y Greenwich, ni existió la votación ¡invención peregrina! que algunos periódicos han tenido por conveniente trompetear. ¿Hay observatorio en la Isla de Hierro? ¿No? pues Ferro, meridiano francés de Luis XIII, tenía que quedar excluido, y desde luego lo quedó, sin discusión.

Pero no anticipemos.

III

La Asociación Geodésica Internacional celebra Asamblea general reglamentaria cada tres años en alguna ciudad importante de las diferentes Naciones Asociadas. El día 15 de octubre próximo pasado se reunieron en el histórico salón del Capitolio en Roma los Delegados de Austria, Baviera, Bélgica, Darmstadt, España, Estados Unidos, Francia, Hamburgo, Inglaterra, Italia, Noruega, Países Bajos, Prusia, Rumanía, Rusia y Suiza, (faltó el de Dinamarca por enfermo); y, abierta la sesión por nuestro compatriota el General D. Carlos Ibañez é Ibañez de Ibero, como Presidente que es de la Asociación por doce años, en virtud de cuatro reelecciones seguidas y unánimes, tomó la palabra el Sr. Baccelli, ministro de Instrucción pública del Reino de Italia, y pronunció en latín un discurso de bienvenida y salutación á los Delegados presentes de las Naciones citadas. El Presidente Sr. Ibañez contestó en francés con un elocuente discurso, dando las gracias al Ministro, y exponiendo el objeto de la reunion.

Y aquí conviene hacer notar el cómo hasta en una Asamblea de carácter puramente científico pueden penetrar los celos nacionales; pues el ministro italiano dijo en latín su discurso por no tener para con Francia la deferencia de hablar en francés, según práctica y disposición reglamentaria de la Asociación Geodésica Internacional; y también merece especial mención la española entereza de nuestro compatriota el Presidente Sr. Ibañez que, desentendiéndose, como verdadero hombre de ciencia, de las rivalidades políticas que en estos momentos apartan á los gobernantes de Italia de los hombres públicos de Francia, contestó, fiel á las tradiciones y reglamentos de la Asociación, en la lengua francesa; cuando tan fácil le habría sido el hacerlo en latín, ó en italiano por deferencia á la Nación donde la Asamblea celebraba sus sesiones.

Otro rasgo del General Ibañez.

Aunque desde hace tantos años es Presidente de la Asociación, tiene siempre la galantería en las reuniones ó asambleas trienales de ceder la presidencia al Representante más caracterizado de la Nación en que se verifican las sesiones. Siguiendo, pues, en Roma tan delicada conducta, no bien hubo terminado su contestación al Ministro de Instrucción Pública de Italia, propuso á la Asamblea que le reemplazase el Coronel del cuerpo de Estado Mayor del Ejército Italiano Sr. Ferrero, quien fué aceptado por aclamación; de manera que, contra lo que han dicho los mismos periódicos, y por efecto de la galantería del Sr. Ibañez Ibero, nuestro compatriota no presidió el Congreso Internacional de Roma; pues la mesa quedó constituida como sigue:

PRESIDENTE HONORARIO

General BAEYER, prusiano.

PRESIDENTE EFECTIVO

Coronel FERRERO, italiano.

VICE-PRESIDENTES

BAUERNFEIND, director de la Escuela politécnica de Baviera.

FAYF, individuo de la Academia de Ciencias de Francia.

SECRETARIOS

HIRSCH, Director del Observatorio de Neuchatel, Suiza.

OPPOLZER, Consejero de Estado, Austria.

IV

La Mesa de la comisión permanente de la Asociación Geodésica, compuesta del General Ibañez de Ibero, presidente, y de los Sres. Hirsch y Oppolzer, secretarios, había redactado, con anterioridad, un extenso informe relativamente á la unificación de las longitudes y á la adopción de una cuenta universal del tiempo.



¡MARCHÓSE! dibujo por W. Tangley

Esta luminosa Memoria sirvió de base para las discusiones de la Asamblea, y para las resoluciones en ella tomadas. Documento de altísima importancia científica, merece ser conocido de cuantos se interesan por los progresos del mundo moderno; y, por eso, dedicaremos á él artículo especial.

Y con tanta más razón, cuanto que ya los Norte Americanos de los Estados Unidos y del Canadá han adoptado para sus líneas férreas el tiempo de Greenwich; por manera, que en estos momentos, y con esa rapidez propia sólo de los yankees, se ajustan al tiempo cosmopolita las marinas de Inglaterra y de los Estados Unidos, así como las grandes empresas propietarias de los 161,000 kilómetros de ferro-carriles existentes en los Estados Unidos y el Canadá.

¿Cómo no dar cuenta á los lectores de esta Revista de los fundamentos en que se apoya medida de tanta trascendencia para el comercio universal?

E. BENOT

NOTAS DE MI VIAJE

(Conclusion)

En mil ocasiones, recorriendo los típicos arrabales de mi Sevilla había yo escuchado aquella misma voz y aquellos mismos cantares de boca de alguna mujer, á través de las celosías, ó detrás de su balcon, casi oculto por los tiestos de claveles y ranúnculos: también al caer la tarde atravesando las huertas que rodean mi ciudad por el lado de la Macarena ó siguiendo la orilla del Guadalquivir, me había parado silencioso, para no perder una sola de sus notas, traídas desde lejos por las auras del crepúsculo! Pasaron muchos segundos y yo permanecía clavado en aquella esquina sin acertar á moverme: de pronto oí perceptible el ruido de una puerta que se abría y asomarse á la reja de un balcon una figura de mujer que instantáneamente desapareció de mi vista. El aspecto de la calle sombría con sus caserones, su pasadizo, su retablo, sus rondadores y por último aquella silueta de mujer que resaltó en la oscuridad como una vision vaga, casi informe, juntamente con las impresiones experimentadas durante la noche, me produjeron febril excitación y extraño vértigo que no era bastante á dominar. Púseme en camino y atravesando otras calles más estrechas y tortuosas, subiendo y bajando empinadas cuestas, dejé á mis espaldas los altos muros de un edificio que después supe que era la iglesia del Tránsito, antigua sinagoga, dirigiéndome á mi alojamiento. Cuando el curioso viajero ó el artista llegan á la imperial ciudad, después de visitadas otras antiguas poblaciones, como Burgos, Avila y Salamanca, lo primero que anhela conocer y procura examinar son las producciones del risueño y ostentoso arte mahometano, para dar descanso á la mente fatigada con las interesantísimas obras que produjo el estilo románico, el ojival y el renacimiento, de que tan abundante copia conservan aquellas capitales. Los alineamientos de las construcciones llevadas á cabo en los siglos X, XI y XII con

su pesada robustez y fortaleza, deseamos verlos sustituidos por las levántadas durante la dominación agarena y en sus tres períodos; el arco semicircular con sus puntas de diamantes y de sierra, sus zig-zags y funículos, por los ultrasemicirculares y tímidos que ornan caprichosos lóbulos, por los atahuriques y lacerías; los capiteles historiados en que tan infantilmente representara el artista animadas escenas de la vida real, por los peregrinos follajes de origen bizantino, juntos con las reminiscencias del clasicismo romano, y finalmente, la misteriosa severidad de sus recintos por la primorosa gala, por la ligereza y aérea esbeltez que tan al vivo se refleja en los edificios erigidos á imitación de la famosa grande aljama de Córdoba, y de los encantados palacios de Medina-Azaha. Nacieron los primeros al calor de la idea cristiana, y como ella durante aquellos siglos revistióse con el burdo sayal y el austero cilicio del penitente; como su benéfico influjo habíase extendido á todas las esferas, manteniendo vivo el espíritu de la divina palabra, así sus manifestaciones tenían por fuerza que ajustarse al rigor de aquellas santas doctrinas, máxime cuando el oneroso yugo de la dominación musulmana pesaba tan duramente sobre los cristianos. En oposición á estos santos ideales, á las inspiraciones infinitas de los que veían en el martirio la fuente de eterna regeneración, que más de una vez hubo de llevarlos hasta el punto de desafiar el poder de los califas, se nos muestra el pueblo invasor, exaltado de temperamento, de imaginación ardiente, de sensibilidad apasionada, fastuoso y espléndido por naturaleza, llevando vivas en la mente las deslumbradoras imágenes del Oriente é impresos en el corazón los soñados relatos del Profeta; así no es extraño, que al extenderse por las fértiles comarcas de Castilla ó por las encantadas vegas de Andalucía, acariciados por sus brisas y por los abrasadores rayos de nuestro sol, tratasen entónces, como lo hicieron, de dar rienda suelta á su fantasía y á sus sentimientos, convirtiendo en pocos años la antigua Colonia Patricia, la famosa Hispalis y la Toletum de los monarcas visigodos, en dignas rivales de Damasco y de Bagdad.

No nos resta al presente en la última de aquellas ciudades ninguno de los grandes monumentos del estilo árabe bizantino, característico del califato cordobés, restos diseminados é incompletos, como las hojas que arrebató el viento y esparce por los campos: así los trastornos y conmociones porque atravesó la opulenta Talaitola han hecho desaparecer las muestras de la primera época de su dominación, y si queremos estudiar los rasgos distintivos de aquella civilización, si deseamos deleitar la vista con los caprichosos lineamientos y peregrinos ornatos de su arquitectura en conjunto, tendremos que buscarlos, y á fe que se encuentran, ya en los días de la dominación mauritana, ó bien después de la reconquista por Alfonso VI durante la gloriosa monarquía del hijo de San Fernando. Entónces fué cuando se construyó la magnífica sinagoga llamada actualmente con el nombre de Santa María la Blanca (1) ó á lo menos sufrió visibles reparaciones, como lo prueban sus almocárabes y ornatos. La protección dispensada por los monarcas castellanos al pueblo judío, obtuvo señaladísima muestra en los tiempos de D. Pedro I; entónces, merced al valimiento de su tesorero D. Samuel-ha-Leví pudo un opulento hebreo, el Rabb D. Meyr Aldelí, invertir parte de sus riquezas en la construcción de otra muy notable sinagoga, conocida en nuestros días por iglesia del Tránsito ó de San Benito. Si en la de Santa María la Blanca hallamos reminiscencias más ó menos elocuentes del arte del califato, esta se nos presenta como hermoso modelo de la fusión del musulmán y del cristiano, perteneciendo por consiguiente al grupo de monumentos mudéjares cuyo estudio tanto interesa á los artistas y arqueólogos. No sin experimentar en el alma profunda y triste impresión se penetra en la hoy abandonada sinagoga, en cuyo recinto no se hallan ni las elegantes arcadas ultrasemicirculares de Santa María la Blanca, ni sus columnas y naves: su planta es un gran rectángulo, y sólo cuando los ojos se van acostumbrando á la tenue luz que por sus ventanas recibe, es cuando empiezan á mostrarse los delicadísimos adornos que la avaloran. A poco más de la mitad de sus muros laterales, en dirección de Norte á Mediodía, corre una ancha faja de almocárabe compuesta de peregrinas labores que figuran hojas de parra enlazadas con tallos y funículos, alternando en algunos espacios los escudos cuartelados de castillos y leones como prueba del agradecimiento de sus edificadores al monarca Justiciero. Hállase dicha banda circunscrita superior é inferiormente en toda su extensión por una leyenda en caracteres africanos, y sobre esta y debajo también, otra hebrea: sobre la gran zona, circuye la parte superior del muro una serie de elegantes arcos lobulados que se apoyan en columnitas pareadas con caprichosos capiteles, apareciendo en unos el albayre mauritano, y en otros las hojas de higuera de las fábricas cristianas ó los recuerdos bizantinos; forman sus enjutas menudos atahuriques, resaltando en el interior de algunos de estos arcos complicados encajes de lacería dentro de ojivas tímidas, y corriendo alrededor de la archivolta en cada uno de sus siete lóbulos ténias ó piñas: corona toda esta tan espléndida ornamentación otra leyenda

(1) Amador de los Rios. *Historia de los Judíos de España y Portugal*, T. 2.º, pág. 240. El Sr. D. Manuel de Assas en la Monografía sobre este templo publicada en la gran obra *Monumentos arquitectónicos de España*, opina que corresponde dicha fábrica al tiempo del Califato, sufriendo notable restauración en los de D. Alfonso X.

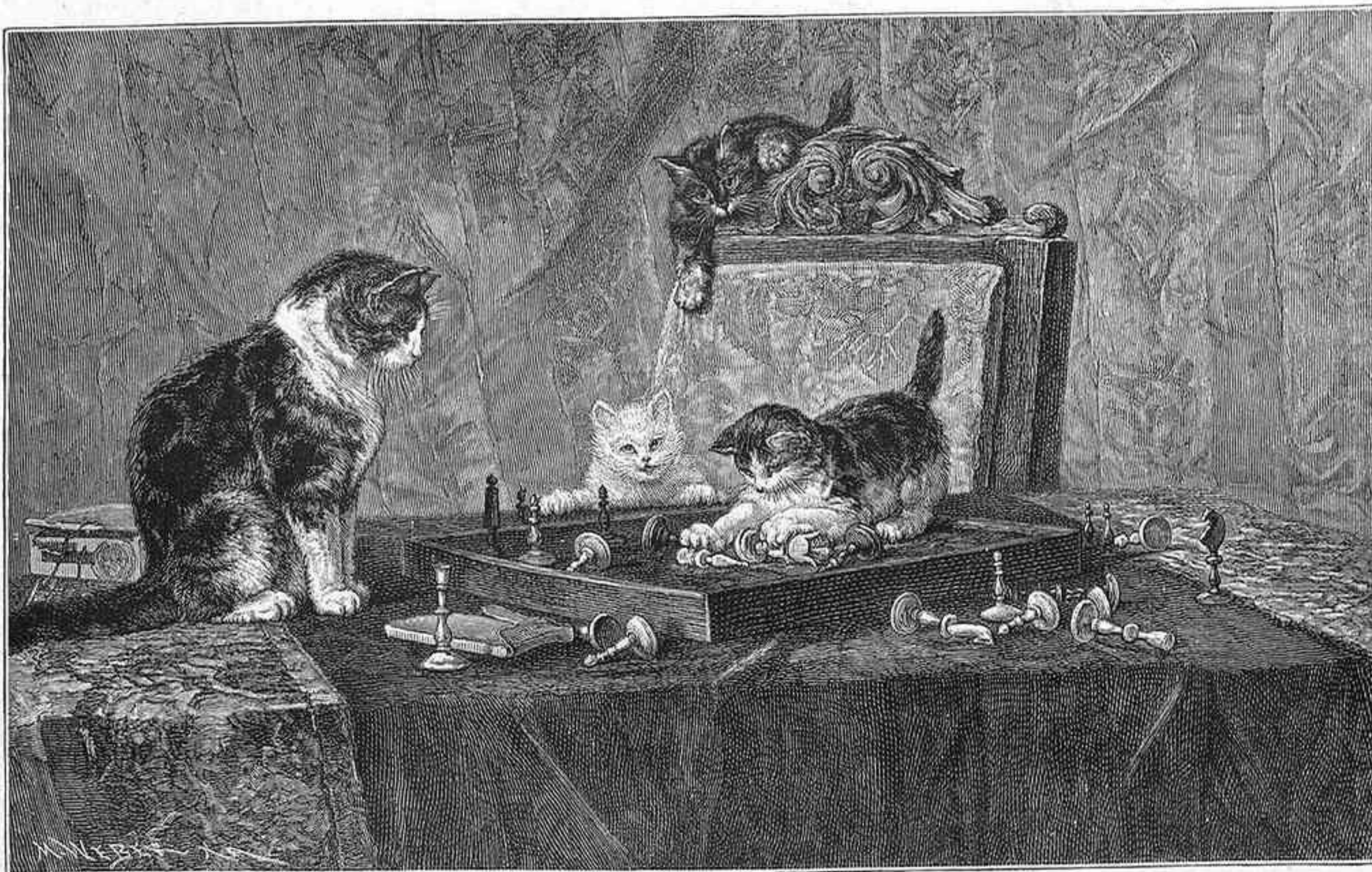
da hebraica de blancos caracteres que aparecen sobre fondo negro.

Lástima causa en verdad, considerando en vista de tales testimonios los anhelos del pueblo proscrito, que aquellos ilustres hombres cuya doctrina y sabiduría era reconocida hasta por sus más encarnizados enemigos, hubieran tenido que valerse, para llevar á cabo la construcción de este monumento, de las enseñanzas arquitectónicas musulmanas: los que asombraban por la palabra, no podían reflejar su espíritu ni expresar sus aspiraciones por medio del arte, y á no ser por las inscripciones hebraicas consignadas en sus muros, podría ser muy bien atribuir su erección á cualquiera de aquellos odiados magnates castellanos. Sin otro sello más que este, con el carácter distintivo de dos civilizaciones que no eran la suya, habríanse confundido con otras, pasando inadvertidos los esfuerzos de la grey judaica y los nobles estímulos del Rabb. D. Mery y del Tesorero D. Samuel. Siéntese honda pena en el corazón cuando en medio de la angustia del oprimido pueblo lo vemos gozoso y satisfecho por haber erigido su templo durante aquellos «días buenos» y «años famosos» después de tanto luto y tanta persecución. ¡Cuán elocuentemente hablan al alma las dos inscripciones hebreas que para conmemorar tan fausto suceso y en honra y alabanza de D. Pedro y de los judíos edificadores, se leen en el testero de la sinagoga! «Las misericordias (dice una de

ellas) que Dios quiso hacer con nos, levantando entre los jueces—é príncipes para librarnos de nuestros enemigos—y angustiadores, no habiendo rey en Israel que nos pudiera—librar después del último cautiverio de Dios—«««««derramámosnos unos á esta tierra y otros á diversas partes, donde están ellos deseando su tierra—y nos la nuestra»»»»»» Aquel día que fué fabricada (la sinagoga) fué grande é agradable á los judíos: los cuales por la fama—de esto vinieron de los fines de la tierra,—para ver

cante de nuestros templos! Después de visitados ambos, bien cerca se me ofrecía ancho campo para fundar el contraste: desde la abandonada calleja en que se alza el Tránsito distinguía resaltando sobre el fondo azul del cielo las aéreas flechas y delicadas agujas de San Juan de los Reyes; á él enderecé mis pasos, buscando en su solitario claustro algún descanso á las impresiones de aquel día.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ



JAQUE-MATE, cuadro por Enriqueta Ronner



EL DOMINGO, cuadro por Otto Kirberg

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, 60 reales. Seis meses, 32 reales. Tres meses, 18 reales.

EN PORTUGAL, un año, 3000 reis. Seis meses, 1600 reis. Tres meses, 900 reis.

Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON